

interrelación entre las partes en detrimento de su grado de adecuación con la realidad sensible», concluye: «Dicho con simpleza: se trata de relojes que no pretenden tanto dar la hora correcta como darla con sonoridad» (págs. 219-220). A ello se añade una indudable elegancia en los giros estilísticos, aun en los más formularios, de aromas borgianos. Obsérvese, por ejemplo, esta discreta fórmula hiperbólica: «...una tradición aún por explorar, tarea en la cual el poeta sevillano [Cernuda] se desempeñó con afán» (pág. 37). Y todo ello realizado, en fin, con una visión diacrónica y *cálamo currente*, sin hiatos en la articulación del discurso, y sin que se destense nunca el arco argumental.

Doce se apoya mucho en Octavio Paz —las referencias a *Los hijos del limo* y *El arco y la lira* son constantes—, así como en aquellos intelectuales que mejor han blandido la palabra crítica y con más lucidez han analizado el devenir de nuestra literatura, como José M^a Blanco White, Juan Goytisolo, José Ángel Valente, Andrés Sánchez Robayna, Jaime Gil de Biedma, Juan Malpartida y, entre los jóvenes, Julián Jiménez Heffernan. Sin embargo, Doce no teme discrepar, ni señalar las carencias de unos y de otros. La veta dialógica a la que antes he

hecho alusión se torna polémica, y Doce deja constancia de sus disensiones. Del análisis, por ejemplo, que hace Luis García Montero de «Retrato», el poema inaugural de *Campos de Castilla*, critica la visión partidista: «le interesa subrayar [a García Montero] el exceso solipsista del vanguardismo, con sus rasgos adicionales de ininteligibilidad y distancia aristocrática, y darnos un Machado cercano al pueblo, lleno de preocupaciones cívicas: un regreso matizado a la versión de Machado que dio la poesía social en la posguerra» (pág. 189). Por cierto, que esta cita contiene un reproche que el propio Doce hace suyo, cuando afirma más tarde que el teatro de T. S. Eliot demuestra su «voluntad por escapar del solipsismo autista de una vanguardia demasiado apegada a sus orígenes simbolistas» (pág. 248). Merece réplica esta insistencia en el «solipsismo vanguardista», que no es tal, sino otro modo de comunicación: la que nos permite reconocer que el grito o el gemido de otros es también nuestro grito o nuestro gemido.

Apenas nada puede objetársele a *Imán y desafío*. Si algún error contiene, cabe achacarlo a su condición de tesis doctoral reconvertida en ensayo. Ciertas aclaraciones un tanto elementales, algunas espesuras teóricas —como ya se ha

indicado al hablar de la presencia de la filosofía en el texto— y concretas repeticiones de pasajes o ideas —aparecen transcritas dos veces la definición del «correlato objetivo» de Eliot (págs. 240 y 268) y una precisión de Cernuda, obrante en su *Historial de un libro*, sobre el mayor efecto poético de la voz contenida (págs. 267 y 271)—, son imputables a esta transmutación, por lo demás diligentemente resuelta. Ojalá todo el ensayo sobre literatura en nuestro país siguiera el ejemplo de este libro compacto y fluido, trabado e iluminador, que concita lo mejor de la tradición del pensamiento español y aporta una visión fresca y renovadora sobre un asunto muy necesitado de frescura y renovación.

Eduardo Moga*

Memoria de Horacio Salas

Se dice que en la antigüedad, el término «híbrido» tenía una connotación diferente a la que le

* *Jordi Doce*, Imán y desafío. Presencia del romanticismo inglés en la poesía española contemporánea, *Barcelona, Península*, 2005, 317 pág.

adjudicamos hoy, y que con ese término se designaba al desmesurado, específicamente a aquel que asumía roles diversos. En este sentido, es de celebrar la desmesura del escritor argentino Horacio Salas, poeta de extensa obra que se desdobra en biógrafo, ensayista, historiador, catedrático, periodista, antologador y, con este libro, también en polemista.

El estilo de Salas, en cada una de esas instancias, conjuga una expresión reconocible que se apoya en el cuidado de la escritura y su minucia en un ya reconocido trabajo de investigación verificable en libros como *El Tango* o la biografía de composiciones tan celebradas como *Malena*, *Homero Manzi*. Llama la atención el abanico de asuntos que trabaja Salas, que va desde la poesía conceptual de Alberto Girri al grotesco crispado de Santos Discépolo, de la España Barroca a la relación entre su ciudad, Buenos Aires, y los poetas que le cantan. En todos sus trabajos, Salas escribe con la mano tendida al lector, acercándole algunas claves del autor o del tema que lo ocupa, invitándolo a participar, a adentrarse en la aventura del otro. De alguna manera, cumple con aquello que un gran escritor guatemalteco, Luis Cardoza y Aragón, exigía de la crítica seria: que interrogue, siembre desconfianzas y certezas, explore

y mine el terreno que explora. En todo esto resalta una característica suya: la forma en que humaniza al personaje, lo dibuja; cómo acerca su cotidianidad, el modo de colocar en un primer plano la aventura del libro, vale decir: la lectura como forma de diálogo.

Lecturas de la memoria, el libro de ensayos que acaba de sacar el sello editor Fondo de Cultura Económica, es por lo dicho una muestra de esos cruces entre la crítica y la historia de vida, la crónica y la poesía, el reportaje y el debate. Y de modo especial, esto último, la polémica. Ya desde el prefacio se anuncia que los autores del libro están atravesados por distintos tipos de cuestionamientos. Por eso mismo *Lecturas de la memoria*, al dar cuenta de esas muchas polémicas, abre otras. Se trata de un libro cuyos temas y autores se desdoblán en una variedad de asuntos. Uno de sus ejes —quizá el principal— es el de las vanguardias literarias, representado en nuestro país por el grupo de poetas nucleados alrededor de la revista *Martín Fierro* y el marco de agitación social de los años 20. Otro —y que se enlaza con el anterior— es el de poetas considerados fundadores, esa constelación inicial que integraron voces como las de Raúl González Tuñón, Jorge Luis Borges y, entre otros, Pablo Neruda. Un momento importante del libro es cuando Salas reflexiona

con lucidez sobre el creador y su búsqueda, sin sofocar al lector con una nomenclatura técnica —uno de los defectos de mucha de la crítica actual. En este sentido, indaga sobre Octavio Paz, Nicolás Olivari y Alberto Girri; y en este último trabajo da cuenta de una poética conjugando ensayo y entrevista. Sobresale, además, siempre en la línea ensayística otro texto esclarecedor, esta vez dedicado a la revista *Martín Fierro* (ocupa casi cincuenta páginas de *Lecturas de la memoria*), y el cruce entre anecdotario, crítica y entrevista del texto sobre Neruda, con viaje a Isla Negra incluido. El subtítulo del libro, «Un encuentro con escritores» propone, además de un acercamiento crítico a la obra de los autores tratados, un espacio más íntimo, allí se plasma la amistad de Salas con alguno de los personajes del libro: González Tuñón, Leopoldo Marechal, Alfredo Veiravé— apun- talado a ratos por el anecdotario personal y una herramienta del género biográfico que maneja con destreza el autor: el retrato. Así, nos cuenta a Marechal: «con sus facciones de gnomo travieso, al que no puedo recordar sin una pipa tipo Bent, a la que llamaba Eleonore, en la boca, más que fumando, chu- peándola». Mientras que al narrador Pedro Orgambide —uno de los grandes de la narrativa argentina— lo describe de este modo: «Sólo nece-

sitaba un interlocutor, pero si se encontraba con un grupo de amigos, además de narrar infinitas anécdotas, las actuaba, gesticulaba, marcaba los silencios, si era necesario rengueaba o tiraba ganchos de izquierda a un oponente invisible... y como una forma de autoconvencimiento agregaba el latiguillo “¡muy bueno, muy bueno!”». Híbrido, desmesurado, Orgambide, que fue bailarín de tango y boxeador aficionado, se desdoblaba como Horacio en la ficción, la biografía, la historia, el periodismo, el ensayo, etc. Un dato interesante: ambos escribieron un libro sobre Tuñón. El capítulo sobre «Borges y el tango» es por demás interesante, porque detrás de esa relación subyace una cuestión que ha pasado prácticamente desapercibida por la crítica: la de la influencia del tango –su literatura, su ambiente, su galería de personajes, su iconografía y todo lo que entraña como fenómeno– en los movimientos innovadores de los años 20. Sólo el prejuicio impide colocar al Discepolo de «Quévachaché», con un lenguaje de ruptura resistido en la época, junto a los vanguardistas Tuñón y Carlos de la Púa. Además no es difícil inferir, por su manejo a fondo del tema que, aunque Borges haya tenido numerosos biógrafos, nadie como Salas (con varios volúmenes dedicados a la historia de la canción ciudadana y sus cultores)

para entender la relación entre el escritor erudito y la expresión del arrabal, vivida como dilema. Borges rechaza la expresión tanguera, aunque escribe tempranamente poemas sobre el tema como «El Tango», rechaza a Gardel pero le gusta su fraseo, incluso llega a asumir una intensa defensa de la porteñidad del tango, ante quienes datan su origen en la capital uruguaya, Montevideo. Este capítulo –a mi ver, uno de los mejores de *Lecturas de la memoria*– suscita interrogantes y asociaciones varias; por momentos se superponen Borges y Leopoldo Lugones, ambos buscando hermandades sustentadas en el heroísmo y el sacrificio que iban de la estirpe militar a comunidades como la del clavel rojo, de logias secretas a «la secta del cuchillo y del coraje». Sobre el mismo tema del tango, hay que destacar el esfuerzo de Salas que desde muchos años atrás ha pugnado por incluir a los poetas del tango –Manzi, Discépolo, Cátulo Castillo, Celedonio Flores, Pascual Contursi, entre otros– en el cuerpo de la tradición literaria argentina. En esta misma dirección del rescate y la pelea con la desmemoria, Salas nos descubre en otro capítulo del libro a «Jorge Guillermo» –así titula su texto– ese poeta, traductor, autor de la novela *El Caudillo*, que sólo suele mencionarse por haber sido el padre de J.L. Borges. Un hombre